

1894  
74  
PERÚ

# EL IRIS

Revista Mensual de Letras

*Director: Clemente Palma.*

Tomo II.

SETIEMBRE

Num. 4

—:~:SUMARIO:~:—

|                             |                           |
|-----------------------------|---------------------------|
| I CARTA ABIERTA             | Enrique Carrillo.         |
| II RECTIFICACIÓN            | Enrique Castro Oyanguren. |
| III CUATRO SOMBRAS ILUSTRES | Numa Pompilio Llona.      |
| IV ELLOS                    | Francisco A. Gamboa.      |
| V BOURGET ACADÉMICO         | Arturo A. Ambrogi.        |
| VI EN LA ALDEA              | José S. Chocano.          |
| VII EL AMOR                 | Clemente Palma.           |
| VIII BAILE                  | Darío Herrera.            |
| IX VÍA LÁCTEA               | Domingo M. Luján          |
| X LOURDES                   | Nicanor Bolet Peraza.     |
| XI LA LIBELULA              | Abraham Lopez Penha.      |
| XII RONDEL                  | Darío Herrera.            |
| XIII EL PROBLEMA DE HAMLET  | Luis Ulloa.               |
| XIV CUADROS DE ORO          | Federico Larrañaga.       |
| XV EN EL CARRETÓN           | Clemente Palma.           |
| XVI MÍSTICAS                | Clemente Palma.           |
| XVII POR UN MUERTO          | Enrique López Albújar.    |
| XVIII BORRONEANDO           | Vicente H. Delgado.       |
| XIX CARTA                   | Torres Abandero.          |
| XX BIBLIOGRAFÍA Y NOTAS     | Clemente Palma.           |



LIMA

LIBRERÍA, IMPRENTA Y ENCUADERNACIÓN

**GEL**  
Banco del Herrador, 113 y 115

1894

# EL IRIS

Revista Mensual de Letras

Dispositivo de Anuncios

ESTIMABLES

## CONTENIDO

|                    |                    |
|--------------------|--------------------|
| Francisco Carrillo | 1. CARTA AMERICANA |
| Francisco Carrillo | 2. REVISTA DE LOS  |
| Zamorano Carrillo  | 3. REVISTA DE LOS  |
| Francisco Carrillo | 4. REVISTA DE LOS  |
| Francisco Carrillo | 5. REVISTA DE LOS  |
| Francisco Carrillo | 6. REVISTA DE LOS  |
| Francisco Carrillo | 7. REVISTA DE LOS  |
| Francisco Carrillo | 8. REVISTA DE LOS  |
| Francisco Carrillo | 9. REVISTA DE LOS  |
| Francisco Carrillo | 10. REVISTA DE LOS |
| Francisco Carrillo | 11. REVISTA DE LOS |
| Francisco Carrillo | 12. REVISTA DE LOS |
| Francisco Carrillo | 13. REVISTA DE LOS |
| Francisco Carrillo | 14. REVISTA DE LOS |
| Francisco Carrillo | 15. REVISTA DE LOS |
| Francisco Carrillo | 16. REVISTA DE LOS |
| Francisco Carrillo | 17. REVISTA DE LOS |
| Francisco Carrillo | 18. REVISTA DE LOS |
| Francisco Carrillo | 19. REVISTA DE LOS |
| Francisco Carrillo | 20. REVISTA DE LOS |

REVISTA DE LOS

# El Iris

REVISTA MENSUAL DE LITERATURA Y CIENCIAS

Director: CLEMENTE PALMA

TOMO II }

LIMA, SETIEMBRE DE 1894

{ NÚM. 4

## Carta abierta

*Lima, á 2 de Abril de 1894.*

Señor don Juan Antonio Solórzano

San Salvador.

Muy distinguido señor:

**A**LTAmente sorprendido ha de quedar usted cuando lea la presente carta y el nombre de la desconocida y humilde persona que la firma; y de fijo ha de pensar en que esta joven gente peruana que á emborronar cuartillas se dedica, es por todo extremo entrometida y falta de miramientos, y, sobre todo, muy dada al cultivo del género epistolar.

Pero, aún á riesgo de confirmar con mi conducta tales perjuicios, me atrevo á enderezarle la presente, porque habiendo sido elegido usted como juez y árbitro en asuntos que muy de cerca atañen á los noveles escritores de por acá, necesario es qué, al compulsar los datos y emitir su fallo, proceda usted con imparcialidad estricta y justiciera.

Un joven escritor peruano, poseedor, como usted de un exquisito y de una fina percepción crítica, don E. Castro y Oyanguren, ha enviado á usted, por intermedio de «El Repertorio Salvadoreño», una extensa epístola en que se ocupa en darle á conocer la nueva generación literaria de mi patria, á trueque de que usted otro tanto haga respecto á la que, en la actualidad, por esos andurriales descuella.

Tal labor, harto hermosa y meritoria, habría merecido, desde luego, mi entusiasta y sincero aplauso, y junto con el mío, el de toda persona que por el porvenir literario de América se interesa, si quien en ella puso manos la hubiese llevado á término con noble sanidad de miras, colocando á cada cual en su debido lugar, sin omitir, por pasión ú otros motivos, á escritor alguno digno de mención, y dando así, á usted y á todos, una idea cabal y exacta de los méritos de cada uno de los que en dicha generación se distinguen.

No es, por cierto, elevación y seriedad lo que en la misiva á

que me refiero se deja extrañar, pues todos los puntos sobre que ella versa son estudiados y dilucidados con gran suma de doctrina y alto espíritu crítico, cosa que me complazco en reconocer por lo mismo que no estoy de acuerdo con el señor Castro en algunas de sus apreciaciones; más, extrañase, sí, en ella, la omisión de varios nombres, muy merecedores de figurar al lado de los de Izcue, Boza, Martínez Luján y algún otro de los que Castro encomia y alienta; y extrañase también—¡vaya si se extraña!—los exagerados elogios que prodiga á cierto malaventurado sujeto, á quien hace aparecer poco menos que como creador de un sistema filosófico y que, en puridad de verdad, no es más que un ente visionario, parlanchin y de entendederas más estrechas que conciencia de usurero.

Las causas de tales vacíos y desperfectos no pueden ser otras que el olvido involuntario, por una parte, y por la otra, una benevolencia excesiva, aunque hay quien asegure que tal benevolencia no existe y sí una ironía, tan directamente embozada, que á la mayoría de los lectores escapa; y á esto último me atengo.

Subsanar, en la escasa medida de mi facultades, tales defectos, es mi propósito; para cuya realización cuento con la bondadosa aquiescencia de usted. Para mejor logro de mi designio analizaré con todo orden y método la carta del señor Castro y Oyanguren, tratando, sí, de ha-

cerlo por modo el más breve y sucinto.

Comienza la tantas veces citada carta alabando el talento y las dotes críticas de usted, alabanzas corroboradas por el muy ilustrado parecer de hombre tan competente y versado en cuestión de letras como el señor Francisco Gavidia, quien, refiriéndose á usted, dice: «Solórzano tiene una facultad saliente: la perspicacia filosófica del crítico.» Y, efectivamente, en lo poco que he leído de usted veo confirmado tal aserto. En sus artículos de nota usa no común cultura intelectual, inteligencia clara y observadora y cierta tendencia á los juicios elevados y comprensivos, propias del verdadero crítico que le distinguen del criticastro vulgar, de mirada miope y criterio estrecho.

Sólo hasta este punto pensamos de idéntica manera el señor Castro y Oyanguren y yo. Tras de hacer acto de justicia á que yo me adhiero, el señor Castro se descuelga sobre los que de *decadentistas* blasonan y les endilga tal filípica de tal modo les maltrata, que les deja en estado poco peor que de chupa de dómine.

Por temor de extenderme demasiado y de aparecer como persona impertinente, enfadada y cansada, es que no me detengo á entrar en todas las consideraciones que este tema extremadamente delicado y difícil me sugiere; pero prométome manifestar dentro de poco las ideas que á este respecto abrigo, y que son el resultado de un maduro

examen y de una convicción íntima.

Desde ahora aprovecho la ocasión para hacer constar que no soy decadente; y no lo asiento á humo de pajas, sino porque hay quien se empeña en aplicarme ese mote. Como comprobante de lo que aquí sostengo, diré que no solamente no comulgo con los de la nueva escuela, sino que creo que ella no pasará de la esfera de una *curiosidad* literaria sin que llegue á obtener, ni aun por cortos momentos, la hegemonía del Arte, como la obtuviera, en tiempos no lejanos, el Romanticismo. No obstante, creo también que el *decadentismo* es *oportuno* en la época actual y oportuno, no solamente en Europa, sino en América.

No pertenezco á ninguna secta ni bandería artística. En mi sentir, por muchos y muy diversos medios se puede alcanzar la realización de la belleza, y no rechazo como mala, en nombre de la Estática, cosa alguna que en nombre de la Estética también, se me puede probar que es buena. Aborrezco los caminos reales, las calles trazadas á cordel. Las pautas, las convenciones me parecen incompatibles con la majestad soberana del Arte, que debe ser, ante todo, libre. Querer establecer y fijar una legislación en materias literarias es un absurdo como querer impedir el paso á una locomotora, tendiéndose sobre los rieles. El ingenio del escritor no debe estar sujeto á mas restricciones que las que el buen gusto, la experiencia y los preceptos li-

terarios comunes á todas las escuelas, le imponen: sólo así se puede producir una obra verdaderamente «vívida», según la gráfica expresión del ilustre Valera. Por eso halla muy exacta y muy bella esta definición de Zola: «Una obra de arte es la realidad vista á través de un temperamento.»

Sin embargo, hay cierto sistema con el que mucho simpatizo, y es aquel al que se ha bautizado con el nombre de *modernismo*, y cuyos fines son, al decir de su mas prestigioso apóstol en América, Rubén Darío, «la elevación y la demostración en la crítica, con la prohibición de que el maestro de escuela anodino y el pedagogo chascarrillero penetren en el templo del Arre; la libertad y el vuelo; el triunfo de lo bello sobre lo preceptivo, en la prosa, y la novedad en la poesía; dar color y vida y aire y flexibilidad al antiguo verso que sufre de anquilosis apretado entre tomados moldes de hierro.» Hé aquí, admirablemente expresada, la reforma que yo ansío. Yo deseo que esta hermosa y rica lengua castellana, que hoy sufre de anquilosis, encerrada en los libros académicos, donde no abandona su aire estirado, su tono campanudo, su olor á viejo, donde se enmohece y reseca, cobre nuevos bríos, reciba como un aliento de vida, y reconquiste, en fin, por otros modos la antigua y vigorosa gallardía del siglo de oro.

Y con lo dicho basta por ahora.

Después de sermonearle á usted con tono muy amable y cor-

tés por lo que el llama su manía decadente y de significarle un *credo* literario, que en partes, considero muy atinado, el señor Castro y Oyanguren prosigue en su tarea, hablándole á usted de la abundancia de poetastros y prosadorcillos de tres al cuarto que por estas calles circulan, sin que mande Dios un rayo y les confunda. ¡Y cuanta razón tiene mi estimable amigo para irritarse y protestar contra la innúmera legión de zulúes literarios que hoy nos amaga! Necesitábase aquí un crítico como Bobadilla ó Valbuena, que con la sangrienta causticidad de su burla, despertase la adormecida conciencia de tanto criminal emborronador; necesitábase un ardoroso amante y acérrimo defensor de la Belleza y del Arte que, en nombre de éstos, arrojase del sagrado templo de las musas, vibrante de indignación, á tanto mercachifle de bujerías y cachibaches poéticos!

Pero, por desgracia, tantos agravios tuertos hechos á la literatura nacional, y por ende, á la americana, permanecen impunes; y á esta impunidad contribuyen con mucho los diarios y revistas que, ya sea por el afán de proteger y alentar á la juventud, ya por completar su material, acogen y publican cuanto desgraciado enjendro se les presenta; y de aquí resulta, por lógica consecuencia, que *en cuanto le sale un verso* á un hijo de familia, lo lleva á los señores de la redacción, con la seguridad de que será admitido.

Y si esto sucede en la capital,

en el resto de la República se ve cosas peores. En Lima, se conoce, admira é imita á los autores modernos y se comete cada cuarteto *mironiano* que clama al cielo y cada alejandrino á lo *Darío* que hace temblar; pero en provincias, donde, por lo general, no hay más libros que los cuatro viejos y malos del Sub-Prefecto ó de algún hacendado rico, y donde se cree todavía con la más cándida inocencia que los escritores más en voga son Zorrilla, Espronceda y Castellar, se escribe tan malísimamente que ya no cabe más. ¡Qué odas las del hijo del Alcalde! ¡Qué decimas las del sobrino del Juez de Paz!

Las únicas provincias que se exceptúan honradamente son las de Arequipa y Tacna. En la primera hay mucho movimiento literario, y en la segunda, en esa hermosa provincia cautiva que la ambición chilena nos arrebatara, surge una generación de templados caracteres é inteligencias robustas y clarísimas.

Repito que parécenme muy dignos de toda loa las jóvenes personalidades literarias que el señor Castro con sus aplausos alienta. Admiro como el que más el corte correcto y la ardiente sensibilidad que distinguen á los sonetos de Boza; el atildamiento y la pulcritud de las poesías de Izcue; el estilo vigoroso, lleno de plasticidad y caliente tonalidad de los artículos de Arnao; el arranque, el vuelo y la serenidad clásica que predominan en las composiciones de Martínez Luján; la nutrida eru-

dición y el espíritu independien-  
te y austero que se revelan en  
los estudios de crítica de Lisson;  
el giro elegante y la pomposa or-  
namentación que informan las  
producciones de Palma. Pero á  
esa lista incorporaría yo algu-  
nos individuos más y son los si-  
guientes:

En primer lugar, mencionaré  
á *José S. Chocano*. *Chocano* es  
entre los jóvenes, el que con  
más adictos é incondicionales ad-  
miradores y con más furibundos  
enemigos cuenta. Mucho se ha  
discutido (y aun hoy se discute)  
sus méritos, mucho se le ha ata-  
cado, y mucho también, se le ha  
defendido; y á esta guerra conti-  
nua y ruda él mismo ha contri-  
buido en gran parte con la agre-  
sividad luchadora é intemperan-  
te de su carácter. Pero, en me-  
dio de los tiros anónimos de la  
envidia, del oculto trabajo de za-  
pa, de las murmuraciones calle-  
jeras y de las censuras de corri-  
llos, él se yergue, siempre ven-  
cedor y altivo, con su aspecto  
plácido y vulgarote de buen bur-  
gués, porque, apesar de sus mu-  
chos defectos, se impone por re-  
levantes cualidades literarias.

Amigo íntimo de este excelen-  
te muchacho, podría yo hablar  
largamente de él, ensalzándole,  
poniendo de relieve sus dotes y  
tratando de disimular lo que hay  
en él de malo y reprehensible. Si  
tal fuera mi intención, haría no-  
tar, por ejemplo, que tras la com-  
pleta y bondadosa satisfacción  
que su rostro respira y tras el  
*enbonpoint* de su cuerpo, se encu-  
bre un espíritu amplio, genero-  
so, idealista, bien que violento y

agitado siempre, como las entra-  
ñas de un volcán en erupción,  
por sordos y profundos estreme-  
cimientos.

Pero no quiero que se me su-  
ponga apasionado partidario su-  
yo, ni que se crea que los senti-  
mientos de amistad que le pro-  
feso me ciegan. Trataré, pues,  
de ser imparcial y justo, hacien-  
do, en último caso, más por re-  
cargar los tintes sombríos del re-  
trato que los luminosos y claros.

*Chocano* es poseedor de una  
inteligencia prodigiosamente fe-  
cunda. Produce incesantemente,  
invade todos los terrenos y re-  
corre todos los géneros literarios.  
Ha escrito poesías *coloristas*, de-  
cadentes, épicas, líricas, román-  
ticas y *naturalistas*. En prosa,  
tiene novelas, cuentos, artículos  
de costumbres y críticos. Hay  
ciertas tierras tan ricas y fértiles  
que basta arrojar en ellas el gra-  
no para que, sin cultivo alguno,  
brote la planta y crezca y dé sa-  
brosos, opimos frutos. A ellas  
podría compararse la mente de  
*Chocano*, siempre creadora y  
siempre henchida. Por desgra-  
cia, esa producción incesante,  
desarreglada y febril, no puede  
alcanzar el grado de perfección á  
que llegaría, si una voluntad  
enérgica la ordenara y la reduje-  
ra á sus límites regulares.

Además, á *Chocano*, como á  
muchos jóvenes, le domina un  
inmoderado afán de publicidad.  
Sus originales van á la imprenta  
cuando aún no se ha secado la  
tinta conque han sido escritos.  
*Chocano* desconoce el trabajo de  
aliño y lima, que cuida de la co-  
rrección gramatical y lógica, que

pule el verso, que redondea la estrofa y la obliga á surgir

"Llena de perfección, como hecha á torno,"

según el mismo dice. Sus poesías se asemejan á ciertas mujeres, de bonito rostro y gentil continente, pero afeadas por el desgreño de sus cabellos y la poca gracia y elegancia de su vestir. ¡Qué admirables obras maestras produciría Chocano si publicara menos, madurara más sus pensamientos y atendiera mucho más á la forma de sus composiciones!

Otra causa,—la principal talvez,—de las imperfecciones de Chocano es el influjo de la poesía huguiana, harto dañosa por cierto. Víctor Hugo, el poeta del siglo XIX, fue un genio portentoso y formidable, grande hasta en sus caídas. A veces, envolvía á sus obras una densa sombra de misterio que imponía miedo, como lo imponen los ininteligibles y extra-humanos conceptos del Apocalipsis. En otras ocasiones, daba á su voz el tono inspirado de los profetas: el poeta se erguía, su mirada parecía sondear los siglos y su mano pugnaba por rasgar el velo de lo incognoscible porvenir. Como observa Zola, Hugo dominaba el vocablo. Amontonaba las figuras abusaba de la antítesis. Colocaba para obtener mayor efecto, frente á frente dos ideas contrarias, así como ciertos pintores ponen junto á una pincelada sonrosada y clara, otra oscura, casi negra, para hacer resaltar aquélla y hacerla aparecer más luminosa y resplandeciente. Pero, para seguir á Víctor Hugo en

su majestuoso vuelo, se necesita tener la poderosa musculatura de sus alas, y quien no la tiene, se levantará á más ó menos altura, en relación con su fuerza, pero caerá al fin, víctima de su propia impotencia.

Indicaré todavía, otra causa de los desaciertos poéticos de Chocano. En todas sus composiciones se advierte un egotismo avasallador que todo le refiere á la propia impresión. La primera persona del pronombre declinada en todos sus casos, aparece en aquéllas por doquier. Y si estudiéramos á lo que á este respecto dice Valbuena, mal parado quedaba el joven poeta. Felizmente, contra el aserto del temible crítico protestan con sus escritos Montalvo y Montaigne, que también usaban con gran frecuencia de la primera persona.

Ese egotismo de Chocano, decía que se nota hasta en poesías simplemente descriptivas; lo refiere todo á su propio modo de ver; pero, como Chocano no *ve* siempre lo mismo que la generalidad de las gentes, sino que ve por medio desusado y extravagante, resulta que muchas de sus composiciones adolecen de los defectos consiguientes á esa peculiar manera de considerar las cosas.

Sin embargo en medio de las múltiples faltas en que abunda, siempre se encuentra algo bueno en las producciones de Chocano, aun en los peores. Y cuando se halla verdaderamente inspirado, fluye de su numen el verso rico, sonoro, terso, lleno de elevadas ideas y de figuras hermosas y

apropiadas. Cogiendo al azar, señalaré algunas joyas tuyas.

Hé aquí un hermoso soneto:

ASTROS OCULTOS

“Oh estrella oculta que entre denso abrigo  
Guardas y hundes tu frente de alabastro,  
¿Por qué no marcas el lumíneo rastro  
En la alba sien de tu poeta amigo?

Yo con la fantasía te persigo  
Y entre la sombra tras de tí me arrastro  
Porqué yo te venero, incógnito astro,  
En mis filosofías de mendigo.

¿Cuántos mendigos, ignorados genios,  
Ocultos como tú, buscan la muerte  
Sin abrir para el mundo sus proscenios!  
Miran que nadie con amor les nombra,  
Pero saben, en cambio, al ver tu suerte,  
Que la altura mayor está en la sombra!”

Y hé aquí también algunas estrofas de la oda que leyerá Chocano en la sociedad «Enrique Alvarado», con motivo de la muerte de Salaverry:

“Aquí ayer no dejó nunca el poeta  
De mendigar el pan; jamás ha hallado  
El vate, al fin de su ruinosa meta,  
El placer con lo gloria entrelazado!  
Y así tú ¡oh Salaverry! así viviste,  
Lleno de negra angustia,  
Maldiciendo lá gloria que tuviste.....  
¡Ah! Que importa la lluvia bendecida  
Al cáliz seco de la rosa mustia  
Que ya jamás ha de probar la vida!

Poeta soñador. tenías llena  
De aspiración y de locura el alma;  
Por eso en el desierto de la pena  
No creíste encontrar trecho de arena  
Donde no hechara su raíz la palma!  
Escéptico en tus propios padeceres  
Te volviste después!..... Y tú arrogancia  
Tornóse en humildad..... Y los placeres  
No visitaron ya tu honrado pecho!  
Y entónces fuiste, en lágrimas desecho,  
*Un hongo vegetando en plena Francia,*  
Marchito el corazón por el despecho!  
Y agenos á tu dolo,

En tanto, los peruanos  
Que te aplaudieron, te dejaron solo.  
¡Pobre poeta! Tus hermanes fueron  
Quienes jugaron con tu triste suerte.  
¡Ellos lucharon contra tí y vencieron!  
¡Ellos la vida con su amor te dieron  
Y ellos te dan con su desdén la muerte!  
¡Ah! Tú el dulce cantor de los amores,  
Tú, el tierno trovador de las mujeres, (\*)

[\*] “EL REPERTORIO SALVADOREÑO,” censura con justicia esta consonancia de mujeres con mujeres. Pero, en honor de la verdad diremos que el

Duermes el sueño de esas tristes flores  
Que deshojan jugando las mujeres!

No citaré más, aun cuando hay todavía mucho bueno, mejor talvez que lo citado, por no aumentar las dimensiones de esta carta. Con eso basta para probar que Chocano es verdadero poeta, de aquellos que “*piensan alto, sienten hondo y hablan claro*”, al decir de Campoamor. Corrija mi buen amigo los defectos que á la lijera le he indicado y, con el tiempo, ocupará, estoy seguro, lugar prominente y glorioso en el Parnaso americano.

Además de lo mucho que ha publicado, sé que Chocano tiene inéditos varios poemas, entre ellos uno intitulado “*El último salmo*” que, por lo que de él conozco, parece ser una obra magistral.

Desde Chorrillos, lugar donde voluntariamente se ha desterrado; por temores políticos, me escribe diciéndome que está dando la mano á otro poema, *En la aldea*, que será algo así como un ditirambo de la vida campestre.

Otro poeta, cuyo nombre sería injusticia callar, es *Federico Barreto*. Hijo de Tacna, el oprobioso cautiverio á que se halla sometido le ha hecho arrancar de su lira notas verdaderamente hondas y sentidas. Sus poesías patrióticas descuellan, sobre todo, por su valentía y vigor. Al traves de ellas se adivina un alma llena de fuego, enérgica y varonil.

Entre los jóvenes prosadores recordaré á *Pedro Astete y Con-*

verso está alterado pues en el original, que hemos visto, dice así:

Tú, el tierno trovador de los placeres,

Fué un error que cometió el señor Carrillo al copiar las estrofas citadas. (N. del Iris.)

*cha.* Astete posee lo que se llama *el sentido de lo real.* Sus narraciones, en las que mucho se nota la influencia de Daudet, sobresalen por la sencillez y facilidad del estilo, el perfecto dibujo de los caracteres y la verosimilitud de la acción. Astete y Arnao están llamados á crear la *novela nacional,* que, por más que se diga, no existe todavía

Termino, amigo mío, esta epístola, casi tan larga como las de San Pablo, suplicándole de nuevo, que perdone mi atrevimiento y el rato que con mi charla le he hecho perder. Pero antes, permítame usted que por medio de "El Repertorio", cuyo director bondadosamente ha aceptado esta carta, envíe un saludo cariñoso á toda la ilustrada juventud de su país. Que los jóvenes que allá con tanta brillantez se dedican al cultivo de la Literatura, no se desalienten, es mi deseo porque, como dijo de Laprade:

La gloire est dans l'effort.  
Q'importe le succès!

Mande usted á su afectísimo seguro servidor.

ENRIQUE A. CARRILLO.



### Rectificación.

Lima, á 29 de agosto de 1894.

Señor D. Juan Antonio Solórzano.  
San Salvador.

Muy estimado señor mío:



El discreto amigo don Enrique A. Carrillo ha imaginado encontrar un asidero para dirigirle una carta literaria

en la que tuve á honra escribir á U., dándole cuenta del novísimo movimiento y desarrollo de las letras en el Perú. Y en su noble y patriótico deseo ha creído hallar en la mía ciertos desperfectos y omisiones, emanados, según él, de pasión ú otras causas que calla ó que acaso ignora.

Creo yo que á nadie le es lícito ese trabajo de introspección psicológica que ha emprendido mi estimable amigo, y que ninguna persona tiene derecho á interpretar acciones y móviles ajenos, aún en el caso de subsanar errores, por más graves que se les suponga.

Pasión no ha habido ni existe en mí, ni por pienso, para juzgar á determinados literatos, porque antes de emprender esa tarea y, sobre todo, de darlos á conocer á persona de tan delicado gusto como U., sé acallar los resentimientos que hayan podido existir, los que ya han tenido, por otra parte, sus públicos y, si se quiere, justificados resquemores. Con la misma lógica podría yo atribuir á pasión el tremendo rifirrafe que mi colega propina á uno á quien llama "malaventurado sujeto," y á quien pone cual no digan dueñas, harto injustamente, su travieso y retozón ingenio.

Pero yo no quiero escudriñar la ajena conciencia, y con todo de no ser partidario de la crítica subjetiva deo al señor Carrillo con sus opiniones, aunque las haya llevado tan por los cabos que acaso merezcan una rectificación.

Esta carta, más que literaria,

tiene sus asomos de confidencial; pero me decido á publicarla, porque públicamente debo levantar los cargos que el señor Carrillo me achaca públicamente también.

Cuando me atreví á enviar á U. mi primer misiva, tuve la intención de ocuparme exclusivamente en examinar las producciones de Chocano y Martínez Luján, los dos *únicos* verdaderos poetas de la nueva generación, como ya he tenido oportunidad de manifestarlo. Después varió mi pensamiento, y convine, como convengo hasta ahora, en tratar de Chocano en una carta especial; porque para juzgarle se necesita cierta extensión, á causa de la variedad y muchas veces antinomia de matices con que Chocano manifiesta y borda sus ideas y sus afectos. Así, mucho antes de que mi carta apareciera en las columnas del *Repertorio* díle á conocer mi plan á mi amigo Chocano, quien leyóme casi todo su poema *En la aldea*, me le ofreció prestar á fin de que le examinara con cuidado, y así hubiera sido si sus arranques patrióticos é indómítos no le hubieran deparado una prisión.

Carrillo ha juzgado á Chocano con sobrado acierto é imparcialidad: ha mostrado todas las causas de sus imperfecciones y de sus grandes caídas, y ha aplaudido, cual lo merecen, la exuberancia y fecundidad de su ingenio portentoso y la frescura y grandilocuencia de muchísimas de sus producciones.

Una de las causas que más han contribuido á los desbarros poéticos de Chocano es el inmodera-

do aplauso de una turba de necios que le rodeaba. Cuanto salía de su pluma, bueno ó malo, lo hallaban sublime, siendo lo más curioso que con superior frenesí eran aplaudidas sus extravagancias é imperfecciones que sus inúmeras bellezas. Y al que con espíritu recto y levantado criticaba sus desaciertos, al punto se le tachaba con la nota de envidioso. Poco faltó para que esas buenas gentes dijeran de él lo que Benegas escribió de fray Juan de la Concepción:

“... monstruo en la ciencia,  
maravilla y asombro del Parnaso,  
segundo Lope, nuevo Garcilaso,  
á quien el mismo Apolo reverencia.”

Tan desatinada conducta hubo de causar efectos *contraproducentem*. Hay personas que con harta injusticia niegan todo mérito y escatiman todo aplauso al joven poeta, lo que no sucedería si hubiera habido más moderación y parsimonia en los elogios. Acuérdate las palabras de Macaulay respecto de Byron, que pueden aplicarse á esta otra clase de gentes: “se hizo reo del crimen más imperdonable de las muchedumbres, esto es, de haber sido elogiado hasta el exceso.”

Harto reconozco yo en Chocano todas sus imperfecciones, como lo haré notar cuando me ocupe en darle á conocer á U., sin que por eso regatee el mérito que en sus trabajos se encierra. Que desbaste sus composiciones, que pade todo lo inútil y pampinoso, y tendremos un verdadero poeta de inspiración genial y robustísima, de acendrado gusto y

de acrisolada é impecable perfección.

Las anteriores razones han ocasionado, pero por modo decisivo, esa agresividad de su carácter, de que habla Carrillo, lo que le ha enajenado algunas voluntades y simpatías. Él debía tener muy presente aquel verso de Alfredo de Musset:

“Être admiré n'est rien; l'affaire est d'être aimé.”

Felizmente en esta última época, á causa de la experiencia que ha podido adquirir, no parece sino que Chocano lleva vislumbres de despojarse de sus antiguas preocupaciones, é ir pecho arriba contra la corriente del mal gusto que aquí todo lo invade y lo malea, llegando hasta sacrificar las más profundas convicciones. Y en punto á mal gusto, una de las causas más poderosas de su arraigo es la pobreza ó, mejor diré, carencia de erudición clásica que existe en la mayoría de los jóvenes. Se mira con cierto desdén á los que probamos á gustar ese néctar puro y delicioso que corre por entre las páginas de los escritores castellanos del siglo XVII, “de los que no puede pasar sin leerlos ni estudiarlos el poeta joven que aspire á ser escritor de raza y á tener gusto acrisolado y levadura artística,” como dice Salvador Rueda, uno de los ídolos de los que blasonan de *modernistas*.

Y á propósito: me había olvidado de ellos, pero mi amable tocayo los ha traído al retortero, lo que justificaría, hasta cierto pun-

to, el que volviera yo á enfadarme con aquellos que extreman las *deliquencias* del estilo. Mas, llevado de mi natural inclinación que me impele á la tolerancia y benignidad, esperaré el artículo que nos promete, en que desembaulará toda la gran suma de argumentación que debe de tener guardada; y aunque él no quiere que le gradúen de decadente, les tiene mucho amor y simpatía, por donde sospecho que al sacar á plaza sus razones se convierta, sin sentirlo, en *decadentista* furioso y empecatado.

Respecto de las otras personas omitidas en mi carta, habré de confesar á U. (lo que acaso parecerá extraño) que del señor Astete y Concha no conozco letra alguna. Tengo sí una magnífica idea de él, por las opiniones que acerca de sus méritos he oído manifestar á personas de tan cultivado criterio como Arnao, Lissón y el propio señor Carrillo. Omití también el nombre de Barreto, porque mi intención no fué sino presentarle á la juventud literaria de Lima, y Barreto, como ya sabe U., es de la provincia de Tacna.

Gallardamente censura Carrillo la ignorancia y atrevimiento de los poetas provincianos. Todo esto lo veo á la misma luz que mi colega, y cuantas razones aduzca en contra de esas gentes se me antojan valederas, porque con tal aplomo y maestría sueltan cada disparate y cada ripio, que no son para perdonados.

Otros puntos contiene la carta á que me refiero, más de doctrina que de otra cosa, los que me

reservo contestar oportunamente.

Espero con ansiedad su segunda en que me presentará U. á nuestro amigo Ambrogi, á quien ya conocemos un poco los de acá por la lectura que de sus preciosos dijés literarios hemos hecho.

Hora es ya de que ataje el correr de mi pluma, y perdone U., amigo mío, el hartazgo de mala prosa que le he proporcionado, que es, de todos los hartazgos, el más abominable, según Pereda.

Créame U. su afectísimo amigo.

ENRIQUE CASTRO Y OYANGUREN.



**CUATRO SOMBRAS ILUSTRES**

Fernando Velarde

(Español)

¡Cual águila caudal de tus montañas  
A quien, al alba, el cazador acecha,  
Sentiste, aun niño, del Dolor la flecha  
Clavarse retremblando en tus entrañas;

Y aún de ese cielo azul de las Españas  
La esfera hallando á tu ansiedad estrecha,  
Vino á sonar tu gemebunda endecha  
De otro Mundo en las márgenas extrañas

Largo tiempo te vieron cien Naciones  
Poblar con tus clamores el vacío,  
Y la sangre esparcir los aquilones

De tu ancha herida... ¡hasta que, exháusto el brío,  
Espiraste entre rudas convulsiones,  
Una tarde, en el Támesis sombrío.....!

Manuel Adolfo García

(Peruano)

¡Poeta inmensamente desgraciado;  
Simónides del Nuevo Continente,  
A quien la Grecia en el Estadio hirviendo  
Con lauro eterno hubiera coronado!

Que llevabas un mágico Eldorado  
Bajo los surcos de tu vasta frente;  
Cuyo estilo compacto y refulgente,  
Ropaje fué de púrpura y brocado;

Nuevo Alcides,—de gloria dos Colosos  
Tú afrontas; y en combates prodigiosos  
Su mole al cielo tu vigor levanta (1)....

¡Más te venció un Gigante! El torvo Espectro  
De la miseria, que rompió tu plectro  
Y en la fosa te hundió con ruda planta!

Clemente Althaus

(Peruano)

Como el indiano tósigo que Djalma  
En edad juvenil bebió sereno,  
La Inspiración es un letal veneno  
Que oculto roe del poeta el alma:—

Si alguna vez á la florida palma  
Fulmina el rayo, al retumbar el trueno,  
La muerte esconde en su abrasado seno,  
Bajo aparente silenciosa calma.—

Así del estro el mágico brevaje  
Bebiste en tu temprana adolescencia;  
Te hirió el fuego celeste entre el bosque.....

Y, consumida de tu ser la esencia,  
Dobló sobre la tumba su ramaje  
El árbol de tu frágil existencia!

Olegario Andrade

(Argentino)

Coms oscuro ciclón, relampaguea  
Tu misterioso fulgurante estilo;  
Y, cual del hacha de un augur el filo,  
El alma hiende tu sagrada Idea;

Vida sembrando, su aluvión pasea  
Tu Estro impetuoso, de las Pampas Nilo;  
Y en la cúspide clavas, nuevo Esquilo,  
Al semidiós de talla gigantea (2).....

¡Y, en flor, tu génio ¡oh grande entre los grandes!  
El Destino á la América arrebató?.....  
¡Más, como inmenso Cáucaso, los Andes

Dirán tu nombre á la región suprema;  
Y en las llanuras surgirá, del Plata  
Cual perdurable Esfinge, tu Poema!

NUMA P. LLONA.



**Ellos**

(Especial para "El Iris" de Lima.)

A Clemente Palma

Solos vagando por el florido  
jardín ameno, reverdecido

(1) Cantos "A Colón" y "A Bolívar"

(2) Alusión á su poema "Prometeo"

con el aliento primaveral,  
saboreaban en dulces besos  
los adorables, locos excesos  
de la primera tarde nupcial.

Aun se miraba desde la altura  
como rodaba por la llanura  
la carretela color carmín,  
la que los trajo furtivamente  
mientras la alegre turba riénte  
se entusiasmaba con el festín.

La servidumbre—toda malicia—  
se solazaba con la delicia  
de espiar los raptos de aquel amor;  
la tibia tarde, desfalleciendo,  
con sus penumbras iba esparciendo  
vagos misterios en derredor.

Timida y casta, blanca y serena,  
surgió radiante la luna llena  
—flor luminosa de azul verjel—;  
volvieron ambos la vista al cielo.  
y él dijo entonces con vivo anhelo:  
¡Es nuestra hermosa luna de miel!

Fuertes perfumes en el ambiente:  
de las corolas efluvio ardiente,  
al entreabrirse la virgen flor;  
vahos que exalá Naturaleza  
cuando en la sombra el idilio empieza  
de todo aquello que siente amor.....

La carcajada de Eros triunfante,  
el eco vago de la distante  
música dulce de la ilusión;  
esas extrañas palpitaciones  
en que se rompen los corazones  
al estallido de la pasión.....

Después... el ángel que en los umbrales  
de las alcobas matrimoniales  
Dios hace siempre comparecer;  
el que al mostrarse la nueva aurora,  
con voz celeste y arrulladora  
dice á la virgen: ¡SALVE, MUJER!

FRANCISCO A. GAMBOA.

San Salvador—1894.

## A través de los Diarios. (I)

PAUL BOURGET, ACADÉMICO.



A está consumado el hecho.  
Paul Bourget ha sido electo  
para ocupar la vacante

(1) Forma serie de un un libro que con el título de *La Vida Literaria* está en preparación y se publicará.....cuando Dios lo permita y el bolsillo.....(Mio.)

que á su muerte dejara en la  
Academia Francesa el anciano  
sabio Hipólito Taine.

¿Académico Monsieur Bourget? Eso es el colmo. ¿Académico, es decir, holgazán, mata moscas, un hombre de la talla de Pablo Bourget, que es la actividad personificada?

No hay más. Probado está que para hacerle el más grave mal á un buen escritor no hay más que meterlo á una academia, principalmente de esas que *limpian, fijan* y dan *esplendor* á una lengua.

Bourget ha sido decapitado. Sí señores. No les parezca á ustedes mal esa palabrita espeluznante. Lo repito. “Bourget ha sido, moralmente, decapitado.” Dice un saleroso *chroniquier* parisiense, que bajo la ancha y magestuosa nave del edificio de la Academia sopla un hálito bochornoso que más que á todo provoca al descanso, al sueño tranquilo y patriarcal; un hálito que malea los temperamentos más fuertes é incorruptibles.

Y así es. Las pruebas reales lo están diciendo en voz alta.

Francisco Coppée académico, no es el Coppée hombre libre que vagaba, á su antojo, por los *boulevares* y era asíduo frecuentador de los periódicos que tanto corretean por la calles de París y que debido á sus desvergüenzas de pillete, pueden poner de momento, sobre el mármol de una mesa, miles y miles de francos ganados en un santiamén.

¿Qué ha sido de Dumas (fils) académico? El muchacho de an-

tes se metamorfoseó. Dumas es el joven-viejo de ahora que hace unas cosas..... que escribe unas páginas capaces de hacerse dormir de cansancio y fastido al más avezado en achaques de lecturas.

¿Y Leconte de L'Isle? ¿Sully Prudhomme? Y tantos mas, ilustres escritores van haciéndose á un lado del camino para dejar el paso franco á los escritores libres y revoltosos, á los no académicos, que van, con paso seguro, camino del triunfo que ellos alcanzaron á terminar, pero cuyo arribo les ha sido maléfico.

¿Y si pasamos á los Alpes y llegamos á España? ¿Y si damos un vistazo al *docto* cuerpo de la calle de Valverde? Todo es lo mismo. Hombres y más hombres ilustres, todos momificados, y fuera, como en París, una plejade magnífica de escritores que bregan y son aplaudidos y de los que uinguno sueña, creo yo, con el sillón granate del templo de Cervantes... No. Hay uno cuyo miraje es la Academia. ¿No es verdad señor Eusebio Blasco?

Y paren las consideraciones.

Las crónicas hablan de que Zolá con motivo de las últimas elecciones, no obtuvo ni un solo voto en su favor y que ésto va en pro de su desprestigio entre los *inmortales* y que la vacante que dejara Maxime du Champs la ocupará un historiador, cuyo nombre no sé. Este es otro asunto. Un nuevo artículo habrá para ello. Lo que es por ahora Bourget es el paciente.

\*\*\*

Paul Bourget, por humanidad,

ha sido llamado á ocupar el sillón en que, á sus anchas, se arrellenó en tiempos pasados el gran Hipolite Adolphe Taine. Buen sucesor para tal finado.

Monsieur Bourget es un grande hombre. Francia le quiere fraternalmente; le admira y ve en él una sus más puras glorias.

Tiene cuarenta y dos años de edad. Ha nacido el año 54, en provincias, en Clermont, si la memoria no me es infiel. París le ha recogido. Sus padres le obligaban á hacer sus cursos en la Escuela Normal; querían hacerle pedagogo y Pablo se opuso. Así es cómo llegó á París, abandonado, sin dinero en los bolsillos, pero rico, inmensamente rico en proyectos y deseos. Leed aquella sentida página RETRATO DE UN HOMBRE FELÍZ y veréis. Parece el retrato exacto de Bourget. Hombre dado al trabajo, que no pierde un momento, que es activo y que vale por mil y tantos otros.

LE GLOBE, se encargó de sacarle á luz y presentarlo al Paris literario. Desde el primer momento supo llamar la atención y fue, poco á poco, rodeándose de una su atmósfera de simpatías. Escribió de todo y por todos los periódicos pasó. Fué un batiburrillo viviente. Crítica ligera, cuentos, crítica dramática, historia, filosofía y hasta hizo versos (cosas que son indispensables.) Hago notar aquí que Bourget fué quien, por vez primera, y en un rápido artículo de periódico, empleó la palabrilla *decadent* con que ha venido nombrándose á

los artistas que, por derecho, debe llamarse "impresionistas."

Bourget es un crítico de gran peso. Un estudio suyo, concienzudo, profundo y filosófico, vale por un mundo. Los retratos de escritores que ha dado á las *revues*, son de un parecido, de una firmeza exacta y legítima.

Como novelista, Bourget, ocupa el tercer lugar. He aquí: Zola, Daudet, Bourget. Es una trilogía, para mí, admirable. Los tres son jefes, creadores de escuelas: naturalismo, realismo, psicologismo. Los tres deben ser debidamente admirados. Su bagaje como tal es bien surtido y valioso. El primer paso fué *Irreparable* y después de ésta, que fué suficientemente comentada, vino esta série hermosa: *Cruel Enigma, un Crimen de amor, Andrés Corneille, El Discípulo, Mentiras, Un Corazón de mujer, Fisiología del amor moderno Nuevos Pasteles, Sensaciones de Italia, Tierra Prometida, Cosmópolis y Un Escrúpulo.*

Prepara un nuevo libro que no es otra cosa que las impresiones de su reciente viaje á los Estados Unidos, donde estuvo expresamente, por cuenta del opulento *Herald*, á visitar la Exposición de Chicago. El libro lo está publicando por retazos el diario neoyorkino y luego saldrá en volúmen. Debe ser un libro hermoso y meritorio. Los *yankees*, amigos del bombo, están contentísimos al ver celebrado su Concurso Colombino por la prosa sencilla y noble de un maestro tan ilustre y tan glorioso.

\* \* \*

Un diario, recién llegado por acá, trae, en ligero boceto al estilo de los diarios londoneses, el retrato del nuevo académico francés.

Hagamos, del busto, un recorte preciso y fiel.

Bourget tiene la apariencia de un hombre reposado. Tiene el aire bonachón de un burgués bueno. Luego: tenía que ser académico.

La cara es ovalada, gorda, de mejillas mofletudas. La nariz: de porte regular, entre lo *chato* y lo narigudo.

Boca: grande y de labios gruesos; y sobre el superior un bigote lacio de ciudadano húngaro. Frante: corta y de poco espacio. (De mal agüero en otro que no fuera Bourget.)

Cabellera: lacia y peinada á lo *bayunco*, (como decimos en Centro America.)

Ojos: (el grabado no permite saber de qué color son;) pero son grandes y bastante abiertos.

He aquí un ligero boceto que para muchos rayará con lo caricaturezco. No. Está trazado con muy buena intención.

Bourget no aparenta. Bourget personal es detestable. Estoy seguro de que Ud., lector mío, yendo á París y sin conocer su *vera efigie*, se daría de narices con él á la vuelta de cualquier esquina, en el asfalto de cualquier *boulevard*, sin sospechar siquiera que aquel señor de chistera y traslapada fuera Paul Bourget en persona.

El grabado del diario norteamericano es de una identidad buenísima; pues he hecho com-

paraciones con una fotografía que un amigo me ha facilitado y que él recibió de las propias manos del maestro.

Y aquí: punto final.

ARTURO A. AMBROGGI.



## Marina

(de "En la Aldea")

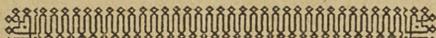
Tintas de concheperla sobre el cielo  
fórmanle fondo á la disuelta bruma,  
en que la ardiente fantasía esfuma  
paisajes loces con febril desvelo.....

Una barca al impulso del anhelo  
entreabre el mar con sutileza suma,  
y rasga rapidísima la espuma  
como rasgando de una novia el velo...

La tarde enlobreguece la ribera;  
y el claro sol, antes de hundirse á solas  
del horizonte tras la azurea raya,

con un último lampo reverbera  
en las arqueadas lenguas de las olas  
y en los tirados peces de la playa.

JOSÉ S. CHOCANO.



## Cuadro vivo

(de "En la Aldea")

Encima de una tumba, con exceso  
en el mismo panteón, pareja amante  
recorre entre aturdida y delirante  
toda la gloria musical del beso.

El humilde panteón, adonde el yeso  
quizás nunca hecho estatua se levante,  
hoy ve el cuadro que, vivo y palpitante,  
forma la carne sobre tanto hueso!...

Los amantes se ocultan temerosos;  
por eso astutos el cuidado toman  
de guarecerse en las mortuorias fauces

Ahí, murmuradores y curiosos,  
desde la vecindad, solo se asoman  
sobre las tapias, los arqueados saucos...

JOSÉ S. CHOCANO.

## El Amor.

(De LAS TRES AMÉRICAS.)

A Nicanor Bolet Peraza.

Gentil princesita,  
Que vas á la escuela,  
Con tus libros debajo del brazo  
Y la faz risueña,  
¿Quisieras decirme  
Si á ese niño cieguito que lleva  
Un arco en las manos  
Y un carcaj á la espalda, con flechas  
Has hallado al seguir tu camino,  
Camino al Colegio?  
—Sí señor, sí le he visto: es un chico  
Con bombones, con aro y muñecos.

\* \* \*

Bella adolescente,  
Gallarda doncella,  
Que, bajo cortinas,  
En el lecho de sándalo sueñas  
Con extrañas visiones, que encienden  
Tus mejillas tersas;  
¿Quisieras decirme  
Si en la calle, el teatro ó la iglesia,  
O en tus sueños azules y rosas,  
O en tu pensamiento,  
Has hallado al Amor?—¿Qué pregunta!  
Sí le he visto: es un lindo mancebo.

\* \* \*

Señora, señora,  
Que no bien la campiña clarea  
Ya estás levantada  
Recorriendo la casa risueña,  
Guiando á las mozas  
En las diarias labores caseras,  
Mientras duermen tu esposo y tus hijos,  
y el té se calienta;  
¿Quisieras decirme  
Si el Amor, ese extraño sugeto,  
Se encuentra en tus lares?  
—¿No mirais que le estoy dando el pecho?

\* \* \*

Viejita, viejita,  
Abuelita, abuela,  
Que sentada te hallas  
En tu rancio sillón de baqueta.  
Releyendo unas vidas de santos,  
Con las gafas puestas,  
Mientras tanto en la mesa de pino  
La tisana humea;  
Y tres chicos retozan traviesos  
Haciéndote rueda;  
¿Quisieras decirme,  
Abuelita, abuela,  
Si Amor ha pasado  
De tu vista cerca?  
Ya sabrás..... el Amor..... es un niño  
Con alas, muy bello,  
Con venda en los ojos  
Y que.....—¿Tonto! El amor son mis nietos!

CLEMENTE PALMA.

## El Baile

A Carlos Pío Uhrbúch

Por la tibia atmósfera, en vibrantes ondas,  
Derrama la orquesta sus primeros sonos;  
Y de un vals al ritmo raudó, en los salones,  
Trazan las parejas caprichosas rondas.

De eléctricos globos á las luces blondas  
Muestran los semblantes íntimas fruiciones,  
Y en sedenos cuellos reverberaciones  
Irisados brotan los regios golcondas.

La diosa Alegría preside la fiesta;  
Con sus armonías triunfales la orquesta  
Despierta en las almas anhelos extraños;

Por mágicos mundos la mente discurre,  
Y engañoso, rápido, el tiempo transcurre,  
Como el de los róseos, juveniles años.

DARÍO HERRERA.

1894.



## Salve

(de Vía Lactea)

El pensamiento que deidades crea,  
el desengaño que á la fé tortura,  
la blasfemia, sin eco, que marmura  
el río que entre ruinas serpentea;

Y el fulgor que en los cielos parpadea  
y la sombra que vaga en la espesura  
y el rayo que se arroja de la altura  
cual del cerebro del Creador la idea;

Todo lo que se arrastra y lo que flota,  
todo lo que es tangible y lo que gira  
del Universo en la extensión ignota,

como lengua de fuego de una pira,  
viene á enroscarse, transformada en nota,  
á las vibrantes cuerdas de la lira.

## Juvenilia

Dejan los tallos las marchitas flores,  
y las ramas los frutos sazonados:  
los arboles añosos y encorvados  
se preparan á herir los leñadores;

Viene otra Primavera, otros amores  
á cantar en los bosques y en los prados,  
y nuevos surcos abren los arados,  
y sienten nuevas ansias los pastores.

Los ríos quieren ensanchar sus cauces,  
el viento mece las nacientes hojas  
de más enhiestos y copudos sauces;  
Y tú que vives en perpetuo estío,

¿tú, inacorde laúd, por qué no arrojas,  
y oyes el dulce preludiar del mío?

D. MARTÍNEZ LUJÁN.

Lima—1894.



## “Lourdes.”

EXTRACTO DE LA NOVELA DE ZOLÁ

(Véase el número anterior del IRIS.)

EL doctor Chassaigne, que como el lector recordará, había sido por mucho tiempo un aferrado materialista y que ahora cree con igual vehemencia en las milagrosas curas verificadas en la Gruta, se dirige con el joven abate Pierre hacia la oficina de Certificaciones, á donde acuden también muchas otras personas, á la vez que allí se está tomando nota de algunas nuevas curaciones. Varios médicos venidos de diversas partes del mundo, asisten con grande interés al examen de los enfermos que van llegando á atestiguar el haber sido curados por el agua de la fuente. El médico encargado de la oficina es el doctor Bonamy; quien bondadosamente suministra las explicaciones que se le exigen por los facultativos y por los periodistas. Cada enfermo que vá á Lourdes lleva de los médicos que lo han asistido ó de los hospitales en que ha estado, certificaciones sobre la enfermedad que padece. Un joven periodista de París opina que sería mejor establecer en Lourdes una junta de médicos respetables para reconocer á los pacientes, de modo á no dejar duda sobre la efectividad del mal cuan-

do éste haya sido curado por el agua. El doctor Bonamy le demuestra la imposibilidad de reconocer hasta mil enfermos cada mañana; por manera que no hay sino atenerse á las certificaciones aportadas por los enfermos.

El examen comienza por una joven sorda, que pretende haber recobrado el uso del oído por virtud del agua milagrosa. Eos facultativos exploran el caso y lo encuentran muy dudoso. En seguida toca su turno á una señora que siete años atrás se curó la tísisis en Lourdes, y habiendo sido atacada de nuevo por la enfermedad volvió con la firme fé de que en ella repetiría la Virgen el milagro de su curación. Acaba de bañarse en la piscina, y se sentía tan bien, que por la noche tomaría parte en la procesión de los peregrinos. Luego viene una mujer, que después de varios meses de padecer de una afonía nerviosa le ha vuelto la voz súbitamente, con sólo un baño.

Respecto á esta paciente, el doctor Bonamy, "con la afectación de un sabio de muy amplias ideas dice:

—Caballeros, debéis tener entendido que cuando se trata de casos de enfermedades nerviosas como el presente, no los tomamos en cuenta;"—y luego expresa la pena que siente por no haber podido presentar al joven periodista parisiense uno de esos bellos casos milagrosos que suelen ocurrir durante la procesión de las cuatro de la tarde, que es la hora más propicia. En esto apareció en la oficina Sophie Couteau, una jovencita muy despejada, que ya

en el tren interesaba á los peregrinos con la relación del milagro que le hiciera Nuestra Señora de Lourdes curándola de una carie en un hueso del pié. La niña recitó su historia con las mismísimas palabras y con idéntica entonación persuasiva con que lo había hecho en el wagón ante el abate Pierre, y con igual gracia y destreza que en aquella ocasión se quitó el zapatito, tiró de la media y mostró el pié, en el cual se veía la marca de la cicatriz. El doctor Bonamy seguía con movimieutoa afirmativos de de cabeza la relación de Sophie, y cuando ésta terminó, la dijo:

—Ahora, Sophie, repita usted las palabras de su médico.

Y Sophie volvió á decir, en la misma forma que ya Pierre se lo había oído, ese rasgo de la historia.

—Una vez en casa,—dijo ella,—me fué á ver Monsieur Rivolre, y al examinarne el pié exclamó:—"Sea Dios ó el diablo quien haya curado á esta niña, para mí es igual. El hecho es que está curada."—Los concurrentes celebraron esta salida con franca hilaridad. Sin embargo, uno de los doctores observó que hubiera sido igualmente fácil para la Virgen el haberle hecho un pié nuevo á Sophie, en vez de dejarle aquel remendado y marcado con una cicatriz. A lo que el doctor Bonamy contestó diciendo que justamente, la Virgen había querido que con la cicatriz quedase el rastro del milagro para poderlo atestiguar; y luego habló así á la joven:

—Vamos, Sophie, repita lo que

le dijo usted á la directora de su sale.

—¡Oh, sí! Yo le dije que como no había traído muchos trapos para mi pié, estaba muy contenta de que la Virgen me hubiese curado en el primer día, pues para el siguiente se me agotaba mi provisión de vendajes.

La ocurrencia de la graciosa chica fué acogida con nuevas risas.

Mientras la pequeña Sophie vuelve á ponerse la media y se abotona su zapato, aparece un nuevo caso. Es Else Rouquet, aquella infeliz afeada por un horrendo *lupus* que le ha devorado la boca hasta no dejar de ella sino una espantosa tronera. Se ha lavado en la piscina una sola vez, y la úlcera, no hay duda, comienza á secarse y á sanar. El doctor Bonamy dice á los otros médicos:

—Al fin, caballeros, hé aquí un comienzo. No hay nada dudoso en este caso.

Un suceso extraordinario viene á conmover á los examinadores. Como un torbellino ha entrado en la oficina la Grivotte, bailando de alegría y diciendo á grandes voces:—¡estoy curada!—¡estoy curada!—¡estoy curada!

Agitada por el contento refiere cómo á fuerza de ruegos había logrado que la dejasen bañar en la piscina, cómo al cabo de tres minutos de su inmersión en el agua fría, á pesar de haber estado sudando y tosiendo mucho, sintió que las fuerzas volvían á su cuerpo todo. Estaba tan exaltada y radiante, que no podía estarse quieta y no cesaba de gritar:—

“¡Estoy curada, señores, estoy curada!”

El abate Pierre reconoce en la Grivotte á la misma pobre joven que había visto en el tren, extenuada, febricitante, tosiendo á cada instante y esputando sangre; y ahora se maravilla al contemplarla vigorosa, saludable, llena de vida y alegría.

Se buscan los papeles de la Grivotte y se encuentran en ellos certificaciones de tres médicos que dan á la joven por tísica declarada. El doctor Bonamy excita á los treinta médicos presentes á que se ausculten á la paciente. Así lo hacen dos de ellos, uno que no quiere emitir opinión y otro que declara que no sólo no ha oído ningún ruido en los pulmones de la enferma, sino que en su concepto ésta jamás ha estado tísica. Luégo los demás médicos, excepto unos seis, examinan á la Grivotte, y cada cual opina de diferente modo á sus colegas, formándose por ende una acaloradísima discusión entre los facultativos. Sólo el Padre Dargeles, en medio de aquella confusión, conserva la calma, y registra serenamente el caso como uno de los que proclaman la gloria de Nuestra señora de Lourdes.

Pierre, en conversación con su viejo amigo el doctor Cassaigne se admira de que el agua de aquellas piscinas, que él vió tan desaseadas y tan propicias para alimentar microbios, no inflacionase á los pacientes. El doctor Cassaigne le explica como los microbios no pueden vivir sino en una temperatura que pase de 20 grados Reamur, y el agua de las

piscinas nunca está á más de diez grados. “Yo os aseguro, pues, que la Virgen no tiene necesidad de intervenir en esto.”

Zolá entra aquí á pintar el oleaje de dudas, las ráfagas de fé que invaden y agitan la conciencia del joven abate, quien en el colmo de su lucha, exclama:

—“No, no; si no es posible saberlo todo, no es ello un argumento para no seguir investigando. No hay derecho para que lo desconocido continúe alimentándose de la debilidad y de la ignorancia. Por el contrario, debe ser nuestra esperanza eterna el que un día esas cosas habrán de encontrar explicación, y nosotros no debemos tener sino un ideal: —marchar hacia lo desconocido para conquistarlo. Por tí ¡oh Razón, es por quien sufro; pero también es de tí de quien recibo toda mi fuerza!”

El viejo doctor Cassaigne le dice:—“Mira, hijo mío; y si sé que tienes una grande afeción por la señorita de Guersaint. ¿Qué dirías si ella fuese curada aquí? Tu sabes que la parálisis del género de la suya es casi incurable. Si esa joven, á semejanza de otros muchos casos vistos aquí, saltase de repente de su lecho y corriese, ¿no te sentirías feliz, no convendrías finalmente en la intervención de algún poder sobrenatural?”

—Ciertamente,—contesta Pierre con visible emoción, Sería dichoso. Teneis razón. Es necesario anhelar la felicidad en el tumulto de este mundo.”

La noticia del milagro realizado en la Grivotte se había espar-

cido rápidamente, y las multitudes acudían á ver, á tocar, á interrogar á la elegida, mientras ella, con las mejillas encendidas, los ojos chispeantes contestaba á todos—¡estoy curada!; estoy curada!

—Tanto peor para tí, desdichada joven,—exclama con airado acento cierto original renegado, conocido en Lourdes con el nombre de el Comandante; poseído de la manía de que la vida es una carga abominable, y á quien indigna ver á los enfermos huyendo del trance dichoso de morir; y dirigiéndose á Pierre y al doctor Cassaigne, les dice:

—¿No ha llegado esta gente hasta pretender, hace poco, resucitar á un hombre muerto? ¿Me entendéis? Un hombre que gozaba ya de la felicidad de la muerte. Y suponiendo que el agua le hubiese vuelto á la vida, pues uno no está nunca seguro de este pícaro mundo, ¿no creen ustedes que el infeliz habría tenido perfecto derecho para escupir su rabia á la cara de esos remendadores de cadáveres? ¿Les había acaso pedido el difunto que lo resucitaran? Hombre!, generalmente á la gente se le consulta primero. Lo que es á mí no me juegan esa mala partida cuando finalmente duerma yo el gran sueño. Oh! ya verían ellos cómo los recibía!— Mézclense ustedes en sus propios asuntos, les diría yo, y al instante me volvería á morir.

Más de una vez el aburrido Comandante había imaginado que Lázaro, al salir de su sepúlcro debió decirle á Jesús:

—Oh, Salvador! ¿Por qué me has despertado á esta vida abominable? Yo dormía tan bien en mi sueño eterno! Sin soñar, he probado al fin un reposo tan grande en la delicia del olvido! He conocido todas las miserias, todos los pesares, los engaños y las enfermedades; he pagado con mis sufrimientos mi terrible deuda de la vida; porque yo nací sin saber para qué, y he vivido sin saber cómo; y ahora, ¡oh Salvador!, me condenas á pagar otra vez; me obligas á cumplir de nuevo mi sentencia. ¿Por ventura he cometido alguna inexpiable falta, por la cual se me condena á tan cruel tarea? ¡Vivir otra vez! Ah! sentir cada día que la carne no es sino mortal, no tener inteligencia sino para la duda, no voluntad sino para ser impotente, no ternura sino para llorar por mis dolores! Y todo había ya concluído. Yo había dado ya el pavoroso pavoroso paso de la muerte, había atravesado ese horrible instante que basta para envenenar toda la existencia. Yo había sentido el sudor de la agonía, la sangre huír de mis miembros, mi aliento escaparse en una sola boqueada. Y todo ese padecimiento quieres tú que yo le experimente por segunda vez; porque he de volver á morir. Mi desgracia, es, pues, más grande que la de todos los demás hombres. ¡Oh Salvador! Permite que esto suceda ahora mismo. Si, yo te lo ruego. Torna á hacer el gran milagro de que yo vuelva á reposar en mi tumba y duerma sin padecer en mi eterno y no interrumpido letargo. Concédeme mise-

ricordioso que no vuelva á ser atormentado en ese tremendo tormento á que no has condenado á ninguna otra criatura. Siempre te heamado y servido. No hagas en mí el más grande ejemplar de tu ira para conmover á todas las generaciones. Ten piedad de mí, ¡oh Dios! vuélveme á ese sueño que me he conquistado; dame otra vez las delicias del olvido!"

Pierre se dirige hacia el hospital á donde han conducido á la bella paralítica Marie Guersaint después de haber ésta pedido en vano á la Virgen que la sacase de aquel ataúd en que yacía por tanto tiempo casi como un cadáver. El abate encuentra á la pobre joven sumida en un mutismo feroz. En sus grandes ojos no brilla ya la serena claridad de la fé; su bello rostro pálido tiene la dureza del mármol; sus labios comprimidos parecen ahogar una blasfemia. A su lado ríe dichosa la Grivotte, repitiendo siempre su regocijante grito de salud, y duerme reposada Elisa Rouquet, cuya horrible llaga va sanando á ojos vistas. ¡Y á ella, que con toda seguridad había contado con un milagro, la dejaba la Virgen condenada á su eterno sufrimiento! Tanto empeño toma Pierre en que la joven escuche sus palabras de consuelo y de esperanza y en que responda á ellas, que al fin la enferma estalla en airada queja y en explosiones de descreimiento. La Hermana Hyacinthe procura calmarla, y ruega á Pierre lea en alta voz algunos capítulos de la historia de Bernadette á fin de confortar aquella

pobre alma que se extravía en el desierto de la desesperación.

Pierre continúa la lectura interrumpida en el tren, justamente en el pasaje en que para Bernadette comienza la dolorosa vía de las persecuciones. Los enfermos se incorporan en sus lechos para seguir mejor la interesante narración. María Guersaint inmóvil como una blanca estatua yacente, revela su emoción en los ojos, que vuelven á llenarse de luz, al escuchar la triste historia de aquella niña inocente, amenazada por inquisidora justicia, desamparada por el vicario de su pueblo y por el obispo de su diócesis, quienes la creen mentirosa ó histérica; en tanto que las multitudes acuden á su choza á besar la orla de su humilde vestido y á orar en el templo de rocas en que han colocado la imagen de su divina aparición. Oyense en la sala murmullos de retrospectiva indignación cuando Pierre describe las escenas de la fuerza de policía cerrando el acceso de la gruta con una verja, después de destrozár los tributos allí acumulados por legiones de creyentes; y óyense acentos de aprobación cuando Pierre refiere que una muchacha que á los iconoclastas prestara su carro para la obra de destrucción, cae dos horas más tarde y se fractura una costilla; y que al hombre que les facilitara su hacha le aplasta el pié un peñasco al siguiente día; señales todas de que la Virgen protege su culto; que Bernadette ha dicho la verdad; que de lo alto le viene á ésta la fuerza para resistir á las amenazas, para soportar los in-

sultos, para mantenerse inconmovible en sus afirmaciones y resuelta á aceptar la gran prueba del martirio, en tanto que los milagros siguen, y las poblaciones se desgajan hacia Lourdes en pos de dulces consolaciones. «¡Ah! los primeros milagros de Lourdes, dice Zolá; primaverales florecimientos de consolación y esperanza para aquellos corazones devorados por la miseria y las enfermedades! El viejo Bourriette que recobra la vista, el niño Bouhohorts curado por el agua; el sordo que recobró el oído, el inválido que caminó, y así muchos otros: Blaise Maumus, Bernadette Soubies, Auguste Bordes, Blaisette Soupenne, Benoite Cazeaux, salvados del más horrible sufrimiento.»

Al cabo el vicario Peyramale y el obispo Monseñor Laurence se dejan arrastrar por el torrente de fé que se despeña de los altos Alpes; el Emperador y la Emperatriz, que de Biarritz han acudido á Lourdes se sienten tocados de piedad hacia aquellas gentes exaltadas que piden se les franquee la Gruta, que se rompan las prisiones en que ha sido encerrado el misterio, que se liberte á Dios. Y el Emperador, á ruego de Eugenia, manda que se deshaga la obra de la intolerancia, que se derribe la verja de la Gruta; que se remuevan las autoridades que oprimieron la fé de un pueblo; y vuelve éste á entonar el hosana jubiloso; y el clero preside las peregrinaciones, y el templo de la divinidad levanta magnífico sus flechas góticas hacia el cielo, allí mismo, en donde una



La tristeza, doliente, descende,  
De azules ensueños se borra el encanto,  
Cuando el gris en el alma se extiende  
Como denso, fatídico manto.

Mas surge la idea ritmada en un canto,  
Que triunfal, eucarístico asciende  
A un eterno ideal sacrosanto,  
Cuando el gris en el alma se extiende,  
En el alma que abruma el quebranto!

DARIO HERRERA.

Agosto—1894.



## El Problema de Hamlet

(Inédita, para el álbum de R. R. Ríos)

Yo he pensado, también, con el poeta,  
contemplando la tumba del suicida,  
¿no hay debajo esas piedras otra vida  
al tributo de lágrimas sujeta?

¿Quién la voz de las sombras interpreta?  
¿Lo que aquí era regreso allá no es ida?  
¿Entre inmóviles hojas escondida  
La serpiente sus víctimas aprieta!

Pienso á solas, despues de la más ruda,  
la más negra sentencia de la suerte  
es la torpe igualdad de los tormentos,

y respondo á las ansias de mi duda:  
¡los que se echan en brazos de la muerte  
van siquiera á variar de sufrimientos!

LUIS ULLOA.

1891.



## Cuadros de oro

(COLECCION DE SONETOS DE CASTELLANOS)

### LA FE PERDIDA

A Clemente Palma

Herber taciturno y temerario,  
Viejo destructor de Alejandría,  
Cruza la cumbre del Febel fría  
En su alto y caluroso dromedario.

Sueña de las tristezas del Calvario  
Y en los sufrimientos de María;  
Teme á Cristo humilde en su agonía,  
Envuelto en su espléndido sudario..

Cuando surge la naciente luna,  
Las nostalgias de su fé bendita  
Recuerdan sus dias de fortuna...

Y loco vé sobre la ancha loma,  
La entrada ojival de la mezquita  
Y abiertos los brazos de Mahoma.

FEDERICO LARRAÑAGA.

Lima—1894.



## En el Carretón

(Fantasía macábrica)

I

**M**E creyeron muerto y, como  
soy un pobre diablo de es-  
tudiante, el carro de los  
muertos paupérrimos me  
recojió para llevarme al cemen-  
terio. Yo había bebido mucho  
ajeno en la taberna; y Karl, mi  
rival sin dicha, que también ha-  
bía bebido como yo, quiso que le  
jugara á los dados á mi amada,  
cuyo amor ambicionaba, contra  
su querida, una rubia pálida y  
anémica que tenía toda el alma  
concentrada en unos ojos lumi-  
nosos:—Oh! no!—le dije—Silvia  
tu amada no es tan bella como  
mi novia ideal: la Luna. Esta es  
pálida como Silvia, pero no es  
como ella tísica y clorótica. Karl  
se irritó; arrojó su capa sobre el  
mostrador y, tomando un cuchillo,  
vino hácia mi:—Henry, el  
viejo Kauffmann nos enseñó ayer  
en la clínica á hacer la trasfu-  
sión de la sangre.... Necesito la  
tuya para que la beba mi Silvia  
y los lirios de sus mejillas se  
conviertan en rosas. ¡Defiéndete!—  
y luchamos tambaleándonos de  
embriaguez. Herí dos veces á  
Karl; pero al fin caí de una feroz

puñalada que recibí en el hombro. Después no sé lo que pasó ni cuanto tiempo trascurrió..... Me creyeron muerto y, como era un pobre diablo de estudiante sin familia, el carretón de los muertos paupérrimos me tragó.

## II

Abrí los ojos, y todo estaba oscuro. Y la carreta rodaba escandalosamente por las calles. Los labios fríos y viscosos de un muerto me besaban, y mis manos, en las rudas sacudidas del carro, acariciaban el interior húmedo de un vientre abierto. Estaba entre mis vasallos, entre los muertos, mis antiguos amigos del anfiteatro á quienes descoyuntaba los huesos, abría las arterias y arrancaba las víceras en compañía de Karl y mi viejo profesor Kauffmann.

## III

La carreta rodaba y por las rendijas penetraban las miradas de los faroles, las que resbalaban rápidamente sobre la faz de mis compañeros, sobre sus miembros sañados y sangrientos, sobre condilos que asomaban por heridas abiertas, sobre encéfalos que se desbordaban por los cráneos rotos, sobre el abceso reventado y purulento y la dislocación monstruosa, y luego venía á posarse un segundo sobre mi faz. El carretero gritaba: — ¡Arre, arre! — y el carro como endemoniado corría, corría á través de las calles.

## IV

Ya estábamos fuera de la ciudad. Las ruedas resbalaban so-

bre la tierra blanda, y cesando el estrépito de su rodar sobre el empedrado, pude escuchar á mis caros amigos los muertos que cuchicheaban, charlaban y reían entre ellos. Mis ojos veían ya claramente en las tinieblas. Un viejo, á quien la epilepsia mató, galanteaba á una ramera que había muerto de cáncer al pecho y que tenía aun asquerosamente húmeda la llaga, que, en su pecho formara el cauterio; un ladrón de caminos tenía una herida horrible en el vientre y abrazaba con ternura á un sacristán, á quien el badajo de una esquila colosal abrió la cabeza en un desaforado repique de pascua. Todos estaban entretenidos en sus conversaciones, y no me miraban ni se ocupaban de mí.....

## V

Yo había estado preocupado pensando en mi novia: la Luna— Oh! la inconstante creyéndome muerto acaso estaría prodigando sus besos azules en otra frente; acaso en la de Karl, mi rival que quiso arrebatármela á los dados! El paso de la ciudad al campo me distrajo, y fijé mi atención en mis acompañantes. Yo sabía el lenguaje de los muertos y entendí lo que hablaban. Me incorporé y busqué con quién charlar.... ¿Sabeis á quien ví? A Rob, á ese mocetón vestido de rojo á quien todos conocemos, al aprendiz del verdugo titular. Rob estaba sin cabeza: la tenía entre las manos.

## VI

— Mi pobre Rob — le dije — cuéntame porque estás aquí. El

mozo puso su cabeza sobre sus hombros, y me miró azorado y agradecido.... — Oh! gracias, señor—me contestó en voz baja—sois el primero en hablarme..... todos estos me desprecian por razón de mi oficio.....

## VII

.....Y me contó su historia. Amaba, á la hija de su patrón y fué calurosamente correspondido..... Sucedió lo que era natural.... á ella le brillaban los ojos.... él tenía los labios gruesos. Un día su amada amaneció pálida y ojerosa, y sobre todo llena de vergüenza y angustia, Su padre, que la amaba tiernamente, creyó que su rubor era á causa de su condición infame, y la dijo que ya tenía riquezas suficientes para alhajarla y vestirla como una reina—que se irían á un país desconocido donde algún príncipe, bello y joven, se prendería de ella y la pediría.... —Padre—dijo ella haciendo un esfuerzo por sonreír—ya tengo yomi príncipe que me ama, y á quien amo—Quién es él?—Rob. —El verdugo dió un rugido; fué donde Rob y le despidió de su servicio.—Porqué me despedís, patrón?—Porque eres un miserable, amas á mi hija.—Pues ya es tarde, patrón, Lucy es madre y vos sereis abuelo.—Rápidamente cojió el ofendido padre un machete de gran filo con que degollaba á los hidalgos copetudos, y la cabeza de Rob rodó por el suelo.

## VIII

Rob acabó de hablar: los demás notaron mi presencia y prin-

ciaron á cuchichear y á señalarme:—Quién es el que habla con Rob?—Por fin, la ramera me dijo resueltamente:—Eh! amigo, ¿quién sois? —Hola! Lulu ¿no me conocéis,? yo soy el que os sujetó los piés para que el viejo Kauffman os pusiera la piedra infernal; hola! Moor ¿no os acordais de mí, vos que pataleabais en la cama 217 en un acceso furioso de epilepsia? Pues sabedlo, soy Henry, el estudiante, soy un vivo!....

## IX

Al saber que yo estaba vivo una irritación grande se apoderó de los muertos. Rob mismo se puso furioso. Los ojos del viejo fulguraron, y sus puños cerrados se contrajeron rabiosamente. La ramera avanzó hácia mí, y de su seno salió como una bocanada de pestilencia.—Pronto serás tú también un muerto—exclamó, y todos avanzaron con las manos erizadas para extrangularme.. Solo uno se quedó acurrucado en un rincón de la carreta. Era Pierrot, el mismísimo Pierrot, el de la cara enharinada, el de los saltos mortales en el circo, el de los pantalones blancos y bombachos, el de las carcajadas estúpidas y las manos en los bolsillos; era el Pierrot, de las pasadas y burlas de chiste barato y popular, que había muerto desnucado... No se movió para ofenderme; pero se reía desaforadamente de mí, me guiñaba y hacía muecas haciendo bailar como un trompo su sombrero cónico en la punta de una nariz gorda teñida de rojo. Se reía, se reía á carcajadas locas....

## X

Ya me iban á extrangular cuando se detuvo el carretón y los portalones se abrieron. Estábamos en la puerta del cementerio. En una brusca inundación de luz penetraron los rayos de la Luna. Mi pálida novia, como una esposa jóven y nerviosa que entra corriendo y desaforada en la prisión en que sufre ha tiempo el amado de su alma, se precipitó en el carretón, me rodeó y enlazó con amantes abrazos de rayos y cubrió mi frente de besos de luz, cuyos chasquidos tan solo yo escuchaba—¡Oh! mi Luna me amaba todavía, y sus besos más dulces y azules los reservaba para mí!

## XI

Al abrirse los portalones, los muertos se detuvieron y volvieron rápidamente á la postura en que estaban. Solo Pierrot, ese Pierrot maldito, continuaba riéndose estúpidamente..... Mas de pronto se puso excesivamente pálido, verde, su cara se contrajo horriblemente, quiso hacerme una mueca burlesca, pero hizo un gesto de rabia, y dos lágrimas gordas rodaron por su mejilla desprendiendo la harina... Comprendí... ¡Pobre Pierrot! El también estaba enamorado de la Luna, mi amada....

## XII

Entonces me levanté, y los carreteros al verme de pie se desmayaron —¡Buenas noches, señores míos!—dije á los muertos,

con acento burlón—Maldito seas, respondieron en coro. Solo el infeliz Pierrot, ocupado en llorar desdenes, no me dijo nada. Paso entre paso, en dulcísimo coloquio con mi novia, llegué á mi casa. Abrí las ventanas que desde mi casa me permitían ver al cielo, y me acosté.... Los grillos y los cigarrones se pusieron á entonar un epitalamio. El viento cantó la canción de las *Desposadas*, de un trovador en la lengua de oc..... El resto de la noche dormí con mi novia....

## XIII

Al despertar me dolía la cabeza espantosamente, y tenía en la boca un fuerte olor á absintho.

CLEMENTE PALMA.

Agosto 15—1894.



## Místicas

A Francisco Gamboa

En mis aciagas horas de tristeza,  
cuando el Dolor, como un Satán airado,  
con furioso aletazo ha anonadado  
el ideal sagrado en mi cabeza;

Solo á tí, Virgen Santa, en tu belleza  
de Virgen y de Madre, he respetado;  
y del derrumbe de mi fe, has salvado  
magnífica é irradiando tu pureza.....

Mi fantasía tétrica ha subido,  
en són de guerra, á la celeste altura,  
y á Dios asesinó con su cuchilla;

mas, al llegar á tí se ha detenido,  
y antes que asesinarte, Virgen pura,  
quebró el arma deicida en la rodilla!...

CLEMENTE PALMA.

Lima, Setiembre 10 de 1894.

Por un muerto

Para "El Iris"

A FEDERICO LARRAÑAGA

I

Por una ley fatal aparecemos  
y á nuevos seres nuestra forma damos,  
cancelamos despues lo que debemos,  
pero nadie nos paga lo que damos.

Si en esta evolución de la materia,  
de la que no es más que un disfráz el hombre,  
toda grandeza es gérmen de miseria  
justo es que la miseria engendre al hombre.

Y es justo que la ley del transformismo  
nos arroje al abismo de la muerte  
para evolucionar en ese abismo  
y dar la vida en medio de la muerte.

Y es justo que en los antros de la noche  
cuando nos mira el ojo de la tumba  
y nos llama, el dolor abra su broche  
y vaya el broche á embalsamar la tumba.

II

Si la vida es un mal, ¿por qué ese llanto,  
que enojaría, si se alzara, al muerto?  
¿por qué esa exaltación en el quebranto  
si es más feliz, que el que le llora, el muerto?

Pero quién de la vida en la batalla  
alguna vez ante el dolor no llora?;  
quien ante el golpe inesperado calla,  
y quien teniendo lágrimas no llora?;

Si al enjendrar el hombre meditará  
que propaga un dolor en cada hijo,  
¿cuántas miserias á la especie ahorrara  
y cuántas veces se quedara en hijo!.....

ENRIQUE LÓPEZ ALBÚJAR.

Lima—1893.



Borroneando

Para "El Iris."

Imaginaos un corcel, blanco  
como la purísima luz del alba,  
hermoso, valiente y atrevido; imaginaos  
que brinca y salta y que en cada salto  
su cuerpo adquiere

una actitud nueva, gallarda y bella.  
Condúcelo un ginete que les sujeta  
las riendas cuando le amenaza un peligro.

Pues bien; fijaos en ese corcel  
y vereis que él es el genio: fogoso,  
valiente y original en todas sus producciones;  
y el ginete que lo dirige, que lo obliga  
á pisar seguro, es la educación.

¿Me direis que si ese corcel camina  
solo puede extraviarse? y os responderé:  
que es cierto.

Si el génio no se educa producirá  
extravagancia, así como el niño se perdería  
si no se le educara.

He aquí la necesidad de la educación  
artística: he aquí la necesidad de estudiar  
á los clásicos.

Pero desgraciadamente, entre nosotros,  
los que formamos la juventud, nada descuidamos  
más que esa educación: queremos subir  
á la cúspide sin tocar la base: queremos  
ser grandes sin comenzar por ser pequeños;  
y finalmente tenemos tal aversión á lo clásico,  
que todo lo que tiene visos de regla nos repugna,  
nos parece que buscando lo clásico, buscamos  
lo viejo, lo retrógrado y nos ponemos en pugna  
con las teorías modernas.

Más nó! estamos equivocados.

¿Quién podrá destruir aquel colosal monumento  
que Homero levantara en la poesía? ¿quién  
podrá vertir las notas melodiosas de Verdi?  
¿quién podrá corregir el pincel de Miguel Angel?

Desengañaos; lo clásico quiere decir el arte;  
y los jóvenes debemos comenzar por estudiarlo,  
antes que todas las revoluciones

artísticas que solo esa "tendencia á la alteración que, se puede observar en todos los fenómenos de la vida social" las ha originado; debemos pues estudiar lo clásico, para que tengamos *conciencia*, discerniendo lo bueno de lo malo; y solo entonces podremos ser innovadores de tal ó cual escuela.

No pretendo deciros con esto que imitemos servilmente á los clásicos, nó: éstos nacieron en otros tiempos, tuvieron otras costumbres, vivieron en otro medio; imitarlos servilmente sería resucitar el arcaísmo de la forma y "arcaísmo—ha dicho Gonzalez Prada—implica retroceso: á escritor anticuado, pensador retrógado. Ningún escritor aventajado, por mas pensamientos jóvenes que emplee, logrará nunca el favor del público; porque las ideas del siglo ingeridas en un estilo vetusto, son como esencias balsámicas inyectadas en las arterias de un muerto; preservan de la fermentación cadavérica; pero no comunican lozanía, color ni vida."

Cuando se ponga especial cuidado en la educación artística nos corregiremos de muchos defectos; nos depuraremos, por decirlo así, y esta purificación comenzará por los escritores noveles—por ser los más—perdiendo aquel prurito de escribir en verso. Se cree que solo en éste tiene cabida la poesía, sin advertirse que la poesía está en el fondo y no en la forma. Por esta razón Rubén Darío ha dicho: "Emilio Castelar es un enorme poeta que no rima."

Olvidad el verso medido con los dedos, rimado con el diccionario y relleno con ripios.

Venced pues ese deseo, que si teneis genio, el verso como la mejor expresión de la poesía, brotará de vuestro cerebro espontáneo, armonioso y completo: "saldrá como la bella Minerva, con toda su armadura, de la cabeza de Jove": vertirá sin esfuerzo ninguno como el perfume de las flores.

Debemos perder tambien ese afán de publicar nuestros escritos antes de corregirlos: las grandes imperfecciones jamás viven, nadie las conserva. Esta verdad la conocieron los maestros: así Petrarca corrigió un soneto cuarenta veces, y Virgilio, juzgando mal su Eneida, encargó momentos antes de morir que la quemaran. La literatura no es cosa del momento: los grandes edificios no se han hecho en un día.

Trabajemos con calma, con gusto, corrigiéndonos cada vez: cinceleemos una escultura. No es la fecundidad lo que hace vivir al artista, sino su más perfecta producción: así Homero está personificado en la *Iliada* y la *Odisea*, Dante en la *Divina Comedia*, y Cervantes en el *Quijote*.

"La improvisación—dice Gonzalez Prada—pertenece á la tribuna y al periódico: en ambos se tolera el atropellamiento en las ideas, la escabrosidad en el estilo, y hasta la indisciplina gramatical; pero acostumbrándonos al trabajo diminuto y precipitado, nos volvemos incapaces de producciones dignas de vivir. Lo que poco cuesta, poco dura. Las

obras que admiran y deleitan á la Humanidad han sido pensadas y escritas en horas de soledad y recogimiento, costando á sus autores el hierro de la sangre y el fósforo del cerebro."

Trabajemos por el Arte, es decir, por la civilización de nuestro pueblo; trabajemos, que el Arte nos hace gozar, nos deleita, nos enseña, nos ilustra; bebamos en la inagotable fuente de nuestros bosques seculares, en los torrentes de armonía de nuestras aves y en sus riquísimos colores; inspirémonos en el trueno aterrador de nuestros montes ó en el rugido feróz de nuestras pumas; bebamos en manantial tan puro y fecundo, que sólo así nuestras producciones nacidas en todo el ardor de la juventud y rebosando ideas virgenes, serán formidables gigantes vestidos con toda la elegancia del Arte; serán como la misma tempestad. imponente. tremebunda; pero magestuosa, brillante y llena de belleza.

Trabajemos por Apolo mientras Marte no despierte; trabajemos mientras no estalle la tormenta.....

VICENTE H. DELGADO,

Lima—1894.

## Carta

A Mercedes

Va mi primera carta y no te asombre que, al empezarla, diga que te amo, que por grande mi amor, no tiene nombre; que por grande mi amor, en él me inflamo.

Va mi primera carta. La fortuna acaso dejará que por tus ojos pasen sus cortas líneas, una á una, sin que te inspiren cándidos enojos.

Ella será la dulce mensajera á quien confiar yo pueda mis amores, porque en tus ojos tengo prisionera el alma que se anima en sus fulgores.

Déjame, pues, decirte lo que siento con la emoción de un niño enamorado, que niño soy, porque me falta aliento para expresarte aquí cuánto he soñado.

Yo te amo, yo te adoro, yo me inspiro por tí en la soledad; no tengo calma; que ya te he enviado en alas de un suspiro con la grandeza de mi amor el alma!

Sé tú la musa que mi tierno canto inspire con sus rayos de ternura; la estrella que en mi noche de quebranto derrame sobre mí su lumbre pura.

Sé tú, la que llenando de impresiones mi pobre corazón infortunado, pueble de inmensa luz y de ilusiones mi triste sér en lagrimas bañado.

Y déjame beber en tu pupila la dulce llama que radiante brota, como lampo de estrella que titila en el dosel de la región ignota.

Yo callaré mis penas, como calla la voz del trueno en la lejana cumbre, si en este sinsabor que me avasalla disipas mi terrible incertidumbre.

Te cantaré con el arpegio suave, melancólico y dulce que atesora en su garganta, con placer, el ave, y que modula al despuntar la aurora.

Serás mi dicha, mi ilusión, mi arcángel de bienchora luz sobre la tierra; te adoraré como se adora á un angel con el ardor que mi pasión encierra.

Yo me veré en tus ojos, delirante: aspiraré tu aliento, enardecido, y con el fuego de tu amor constante no lanzaré en el mundo ni un gemido.

Amame, pues, así cual yo te amo y formen nuestrás almas una sola, que en este inmenso amor en que me inflamo en tí fulgura de mi bién la aureola.

Y cuando acalle de mi triste suerte el negro sinsabor que me anonada, seré dichoso, aunque me des la muerte con la infinita luz de tu mirada.

L. TORRES ABANDERO,

## Makimono

A Abraham Z. López Penha

Con su torre y su templo esmaltado  
Y su gran mandarín en litera,  
Bajo artístico marco de estera  
Está el régio país del Mikado.....

Cruzan garzas de pecho dorado  
Y resalta la blanca morera;  
Cielo azul y la verde pradera,  
Por el arte nihpón decorado.....

Trás el vivo paisaje de seda,  
De las tierras fecundas de Kioto,  
Sueña amores la diosa de Leda.....

Y en un campo de negro Carrara,  
Entre el caliz abietto de un leto,  
Surge el Buda coloso de Nara.....

FEDERICO LARRAÑAGA.

Lima—1894.



## En el templo

RAFAELINA

Las bujías de cera coloreada,  
las efigies de busto primoroso,  
los ropajes de corte caprichoso,  
las flores de vitela sonrosada,

los ensueños de virgen extasiada,  
los sonos de *melodium* salmodioso,  
y las ondas de incienso disfumoso  
esplenden so la nave decorada.....

El fraile, desde el púlpito sagrado,  
vibra el Verbo divino y prepotente,  
fulminador de todo lo humanado;

y náufrago de amor, desfalleciente,  
halla mi pobre espíritu angustiado  
tabla de salvación tras de su frente.

JOSÉ FIANSON.

Santa Rosa—Agosto 30 de 1894.



## Bibliografía y notas.

LA CÓLERA DEL BRONCE.



L bronce, de que es la garganta de los cañones que entonan ditirambos á la Libertad, que es la carne de las es-

tatuas de los grandes capitanes, que es el elemento constitutivo de las sonoras campanas que tocan á rebato para despertar la adormida indignación y el rubor de un pueblo cuando un tirano le escupe; el bronce, ese metal épico en el que se perpetúa la memoria de los grandes hechos y de los grandes hombres, levanta un canto de ira al ver que se le obliga á eternizar la memoria de héroes de epígrama y capitanejos de sainete. Siente la vergüenza y la cólera que sentirían Hércules á quien se vistiera de mujer, Homero de histrión y Napoleón de Arlequín. El bronce es incompatible con lo pequeño y lo mezquino. El bronce podrá servir para un monumento á Cronwell; pero no para Hudson Lowe; podrá sufrir el moldeaje de la figura fatídica al par que magestuosa de Nerón, pero no de la de Claudio; de un tigre ó una águila, pero no de una zorra ó una gallina. Por eso al ver que en América, en esta América de los Washington, San Martín, Bolívar, Sucre, Córdova, Grau, Bolognesi y mil más, se le obliga á efigiar figuras históricas, que merecían el barro ó á lo sumo el yeso, estalla ardiendo en la más santa de sus iras, en un canto magestuoso, soberbio, erizado de apóstrofes grandiosos; es la cólera de Aquiles que reproduce el metal de las epopeyas, el metal en que los pueblos escriben en las plazas públicas su Iliada.....

Esta es la idea que el señor Leopoldo Diaz desarrolla magistralmente en su canto LA CÓLERA DEL BRONCE. La musa del ilus-

tre poeta argentino no es la que entona estrofas eróticas para las doncellas románticas, ni la que inspira las rimas quejumbrosas; nó, es la musa que sube á la barricada con los soldados y lucha, que sube á la gradería y arenga al pueblo, cristalizando en el período poético y vibrante las irascieronianas, que penetra en el augusto templo de la Libertad y arroja, como Cristo, á latigazos á los fariseos mercaderes.

Nos honraremos en reproducir en el número próximo esta brillante poesía del señor Díaz, seguros de complacer á nuestros lectores quienes han juzgado ya al poeta en su canto BYRON, que publicamos en el número pasado. Reciba el señor Díaz nuestro homenaje de admiración.

\* \* \*

Hondo pesar nos ha causado leer, en la *Habana Elegante*, que el insigne poeta mexicano Díaz Miron camina rápidamente á la demencia. El bardo que no forjaba en las fraguas de su génio, rimas de oro para las damas, ni dijese para las niñas cloróticas sino espadas de hierro y broqueles para los brazos musculosos, profundamente afectado con el encarcelamiento que sufre, desde hace dos años, por un homicidio que cometió en el estado *irresponsable* del paroxismo nervioso, de la exaltación iracunda, tiene accesos de locura que hacen temer por su vida. Su genio, siempre viril, siempre altivo, no decae, felizmente, y á pesar del horrible sufrimiento moral del poeta al verse él, el león de la estrofa, arrojado por la vindicta públi-

ca en el cubil de las hienas, sabe escribir valientes versos.

Nuestro colega de la Habana publica las décimas siguientes como la última composición del infortunado poeta:

Ceñudo y calenturiento,  
Sacudo la frente fiera,  
Como si así consiguiera  
Arrojar el pensamiento;  
Pero altivo en mi tormento,  
Miro el tiempo que pasó:  
Que las faltas en que yo,  
Frágil, como hombre, incurrí  
Podrán afligirme, sí,  
Pero avergonzarme, nó!

Dicen que todo mortal,  
Hasta el que lleva una palma,  
Es, por fallo de su alma,  
Un condenado á dogal;  
Mas no tienen suerte igual  
La púrpura y el andrajo;  
Cuando el culpable no es *bajo*  
Es menos vil su sentencia;  
Por eso, yo, en mi conciencia,  
Reclamo el hacha y el tajo.

Probablemente *La Habana Elegante* se ha equivocado al publicar estas décimas como los últimos versos escritos por Díaz Miron; pues, hojeando el «Parnaso Mexicano» hemos encontrado esta composición con el título JUSTICIA, y la obra citada se imprimió el año 1886.

\* \* \*

Tenemos el placer de anunciar á nuestros lectores que los conocidos poetas colombianos Francisco A. Gamboa, Abraham Lopez Penha, Darío Herrera y Leopoldo Torres Abandero han entrado á formar parte del cuer-

po de colaboradores de esta revista. Igualmente, pronto tendremos el gusto de publicar trabajos de Manuel de la Cruz, escritor cubano, y del guatemalteco Enrique Gomez Carrillo, residente en París.

\*\*\*

Hemos recibido un espléndido retrato de Nicanor Bolet Peraza, uno de los más cultos escritores de Hispano-América, con dedicatoria que nos honra en alto grado. El señor Bolet Peraza acompaña su obsequio de una carta, en la cual nos ofrece colaborar próximamente en el IRIS. Están, pues, de plácemes nuestra revista y sus lectores. En nuestro nombre y en el de ellos, damos al egregio venezolano las más efusivas gracias.

\*\*\*

José Santos Chocano, el joven poeta, cuyo nombre es ya popular en América, ha merecido de la "Academia de Ciencias y Bellas Letras" de San Salvador, la alta distinción de ser nombrado socio corresponsal, á propuesta de nuestro amigo Francisco A. Gamboa. Sabemos también que un poeta francés, Mr. Achille Millien, ha solicitado de un escritor peruano que le remita algunas poesías y cuentos de Chocano, para vertirlos al francés. Estos triunfos literarios de nuestro poeta nos halagan como si fueran propios, como si los lauros que galardonan su talento, vinieran á adornar nuestra frente.

\*\*\*

Durante este mes han llegado á nuestras manos los periódicos siguientes: *Cosmopolis*, *Revista de*

*Instrucción Pública y Ciencias y Letras*, de Caracas; el *Repertorio Salvadoreño*, *El Pensamiento*, *La Semana Literaria*, *La Pluma y La Evolución*, del Salvador; *La Revista Azul*, el *Anotador* y el *Promotor* de Barranquilla; el *Duende*, el *Lapiz* y la *Nube* de Panamá; *Miniaturas*, de Coro; *Revista Quincenal*, de San Felipe, *Biblioteca Republicana*, de Santiago; *La Habana*; *Elegante* y el *Figaro*, de la Habana; *Las Tres Américas*, de Nueva York, *La Prensa Libre*, de Costa Rica, *La Abeja Escolar*, de Chiclayo; *La Concordia*, de Ferreñafe y la *Idea*, de Huaraz. Corresponemos á estos periódicos el canje.

Del Salvador nos envían la corona fúnebre que dedican los salvadoreños á la memoria de Antonia Galindo, poetisa distinguida que murió el año pasado. Encontramos las firmas de Francisco Gavidia, Víctor M. Jerez, Juan A Solórzano, Alberto Masferrer, Isaías Gamboa, Jeremías Martínez y de otros muchos escritores.

También tenemos el gusto de acusar recibo del libro "La cuestión de Belisa" del señor Villaseñor, de México. Es un interesante estudio de asuntos internacionales. Damos las gracias al señor remitente.

\*\*\*

Por la abundancia de material para este número, suspendemos, hasta el próximo, la conclusión del interesante folletín que honraba las últimas páginas del IRIS.



## ADVERTENCIAS



1.<sup>a</sup> Esta revista saldrá una vez al mes. Colaborarán en ella distinguidos escritores nacionales y extranjeros.

2.<sup>a</sup> Las suscripciones se reciben por trimestres cuyo valor es de 50 centavos tanto en la capital como en provincias.

3.<sup>a</sup> Los canjes, colaboración y correspondencia deben enviarse con la dirección siguiente:—Sr. Clemente Palma—Biblioteca Nacional (altos)—Lima.

4.<sup>a</sup> De los libros que se remitan se acusará recibo en la sección BIBLIOGRAFÍA Y NOTAS.

5.<sup>a</sup> Las suscripciones en la capital se hacen en la Librería Gil—Calle del Banco del Herrador 113 y 115 y en la Librería "El Siglo" de J. Boix—Plazuela de la Merced, 118.

